

Fpáginas de FILOSOFÍA

Año IV - Nº 6 - Publicación del Departamento de Filosofía - Facultad de Humanidades - Universidad Nacional del Comahue - Diciembre de 1997

Eribon, Didier; *Michel Foucault y sus contemporáneos*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1995.-

por: Flavio Gigli
U.N.Co.

Michel Foucault era un enemigo explícito de las biografías. Esto es algo a lo que él mismo ha hecho referencia en multitud de ocasiones, en entrevistas, en conversaciones entre íntimos o simplemente a quien quisiera escucharlo. Este desprecio por dar a luz su vida privada es un obstáculo prácticamente insalvable para todo aquel que pretenda escribir su biografía. Incluso el período de su existencia más pública y reconocida, el período militante de la década de 70 y que coincide con sus problematizaciones acerca del poder, se halla salpicado de lagunas que no permiten una reconstrucción completa de la personalidad de Foucault. En los numerosos viajes y estancias en países relegados de los centros del poder intelectual -Polonia, Suecia, Túnez, Brasil-, en la sensación asfixiante (de los últimos años de vida) de vivir en una Francia casi irrespirable o en el gusto por perderse por las calles de cualquier ciudad «donde uno deja de ser prisionero de su rostro, de su pasado, de su identidad», se puede apreciar esta voluntad por buscar situaciones que le devolvieran al más absoluto anonimato. Pero este rechazo de Foucault por mostrar su vida personal es también una conclusión necesaria de su manera de entender la filosofía y más precisamente el problema del sujeto: la inquietud por conocer todo sobre un determinado autor tiende a convertir cualquier testimonio suyo en una pista para la reconstrucción de una individualidad monolítica. La voluntad de dispersión de Foucault, el énfasis por defender la fragmentación del sujeto y la crítica a toda filosofía totalizante hacen comprensible esta negativa dar a publicidad lo que consideraba fuente de futuros errores.

Didier Eribon ha emprendido entonces, y por segunda vez, una tarea encomiable. Tanto *Michel Foucault* como *Michel Foucault et ses contemporains* expresan el proceso histórico de subjetivación por medio del cual se fueron constituyendo los distintos rostros de Foucault. Estas obras tratan de rastrear el modo en que determinados acontecimientos históricos, relaciones interpersonales, sistemas de pensamiento generaron un sustrato propicio para la emergencia de la figura -las figuras- de un pensador como Michel Foucault. El último libro, publicado en francés por la editorial Fayard en 1994, muestra de que manera se fue tejiendo una red de relaciones algunas veces signadas por el afecto (como en el caso de Althusser o Dumezil), otras por las diferencias teóricas (como el de Habermas) y otras por un primer acercamiento y un posterior desgaste (como el de Barthes o Lacan). Eribon va desgranando así los contactos de Foucault con cómplices, amigos y contrarios; relaciones construidas a partir de conversaciones, de silencios, y a veces de malos entendidos. Encuentros en los que Foucault va modelándose a sí mismo, reflejado por las voces de quienes lo escuchan, lo acompañan y lo comprenden, de quienes lo critican o lo denigran. El pensamiento de Foucault va conformándose a través de acercamientos y de rupturas, encuentra puntos de convergencia para sus facetas teóricas y políticas, privadas y públicas. Una biografía concebida de esta forma de ninguna manera puede restituir la unidad de un yo originario. Las imágenes de Foucault sólo se conforman, por el contrario, como una sucesión de transformaciones, como constantes devaneos, como avances, retrocesos, rupturas y reconstituciones.

La realización del proyecto de Eribon le ha permitido rearmar la figura caleidoscópica de Foucault, enfrentándose con un sector de la crítica contemporánea. El punto de arranque de su polémica ha sido

el libro de James Miller *The passion of Michel Foucault* (New York, Simon & Schuster, 1993), trabajo muy poco útil desde el punto de vista académico, pobre de ideas y por momentos fantasioso, que presenta una vida al borde del abismo y la desesperación producto de una mentalidad absolutamente retorcida. El segundo de los frentes de ataque de Eribon tiene por objeto el texto de Luc Ferry y Alain Renaut *La Pensée '68. Essai sur l'anti-humanisme contemporain* (Gallimard, 1985), caso paradigmático de ese sociologismo ingenuo y determinista que a menudo reduce la filosofía a un mero reflejo del momento histórico-político que la vio nacer.

Sin embargo, lo más importante del libro de Eribon se encuentra en su segunda parte, «Foucault en vida», compilado de ensayos biográfico-filosóficos que tratan las relaciones de Foucault con algunos de los pensadores más relevantes de la segunda mitad del siglo XX. Este apartado amplía de manera considerable el libro publicado en 1989, pues el autor ha tomado como premisa de trabajo fundamentar estos estudios en textos e informaciones totalmente inéditas, al mismo tiempo que sienta las bases para el estudio de la obra de Foucault en un diálogo con algunas corrientes filosóficas y del pensamiento actual.

La relación con Georges Dumezil ha sido una de las más significativas e influyentes en la vida de Foucault. Se conocieron en 1954 y a partir de entonces este último tomó al viejo maestro como un verdadero modelo de intelectual, al punto que no dejó nunca de reconocer su «ascendencia dumeziliana». Este influjo puede rastrearse a partir de los conceptos de «estructura», «forma estructurada de la experiencia» o «coherencia estructural» fundamentales en la *Historia de la locura en la época clásica* y que conservan un evidente parentesco con lo que Dumezil entendía por «ideología». Estos y otros puntos de contacto entre ambos pensadores se pueden encontrar, según Didier Eribon, con bastante asiduidad en el período arqueológico de Michel Foucault; sin embargo las diferencias comienzan a ser más marcadas durante la etapa genealógica.

Cuando Foucault y Roland Barthes se conocieron en 1955 surgió entre ellos una profunda amistad, rayana a veces con la complicidad. El interés de Barthes por la incipiente obra de Foucault se plasmó en *De part et d'autre*, reseña de la *Historia de la locura* que el filósofo no dejó nunca de reconocer. Por su parte, a pesar que Foucault no sentía la misma inquietud por el trabajo de su amigo, jugó sus cartas más bravas a la hora de defender la entrada de Barthes en el Collège de France. La relación entre estos dos pensadores no fue fácil; según Eribon estuvo viciada por el temperamento siempre querellante y polemista de Foucault, hecho que los llevó a distanciarse poco a poco y cada vez más profundamente.

Eribon también muestra que la influencia del «estructuralismo» de Jacques Lacan durante los primeros trabajos de Foucault es indudable. Para el psicoanalista, anterior a todo pensamiento encontramos ya un saber, un sistema, un conjunto de relaciones independiente que nos sostiene en el tiempo y en el espacio. Como se sabe, a partir de la publicación de *La voluntad de saber* en 1976 las diferencias con el psicoanálisis lacaniano y con el propio Lacan se tornaron insuperables: Foucault en esta «arqueología del psicoanálisis» interpreta la conformación del hombre del deseo como una invención histórica y de este modo intenta desvanecer uno de los puntos fundamentales del análisis lacaniano.

Las relaciones entre Habermas y Foucault (o en términos más generales, la relación de Habermas con el pensamiento francés) nunca fueron del todo plácidas. De hecho, Foucault nunca consideró al filósofo alemán como un interlocutor realmente válido. Habermas criticaba a Foucault el hecho de que hubiese querido encontrar una experiencia originaria, fundamental de la locura tras los modos de la racionalidad. Como señala Eribon, la crítica de Habermas podía ser acertada pero llegaba tarde, pues el propio Foucault se había encargado de revisar y autocriticar su propia tesis.

Pero por sobre todas las cosas, en su fuero íntimo Foucault no podía tomar verdaderamente en serio una filosofía que continuaba atada a un universal abstracto como podía ser por ejemplo el concepto de comunidad lingüística ideal. Su analítica del funcionamiento del poder postulaba, en esencia, otra cosa.

Foucault y Louis Althusser siempre tuvieron, a pesar de sus diferencias teóricas, una relación estrecha y de profundo reconocimiento. Se conocían desde los tiempos en que Althusser, ejerciendo de Caimán, le había ayudado a preparar su examen de oposición al joven Foucault. A partir de allí ambos pensadores fueron edificando una fructífera amistad. Es sabido que *Surveiller et punir* y la noción de «microfísica del poder» representan una crítica feroz a la concepción althusseriana de ideología y aparatos ideológicos del estado. No obstante ésta y otras divergencias en el plano intelectual,

ambos filósofos supieron construir lazos de reciprocidad y de afecto. Althusser siempre se mostró reconocido por las visitas que Foucault le hacía a la clínica psiquiátrica en la que estaba recluido luego del nefasto día en que asesinó a su mujer. En ese terrible estado, en el que el propio Althusser se consideraba a sí mismo como un «desaparecido», un antiguo alumno no dejaba de acompañarlo: Michel Foucault.

Eribon muestra en este libro una imagen fragmentaria de este filósofo que entendía cada una de sus obras como parte de su propia biografía y que hacía innumerables esfuerzos por «liberarse de sí mismo». No se trata, por lo tanto, de una nueva biografía. Se trata de una obra que relata relaciones, entrecruces de caminos, reflejos incesantes en espejos. Una nueva herramienta más para la tan mentada caja de herramientas.